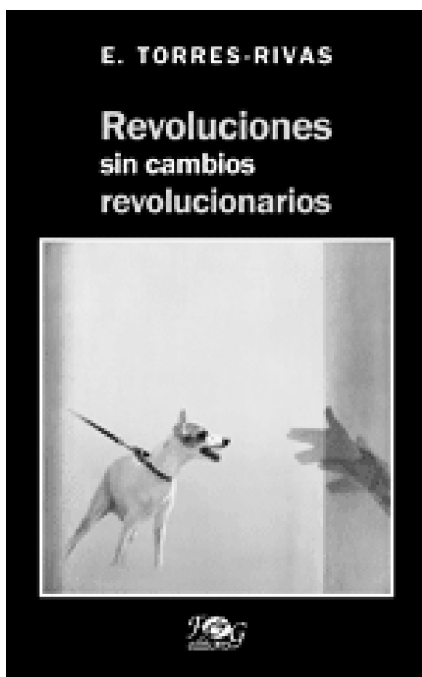


Revoluciones tan inevitables como imposibles: comentario al libro *Revoluciones sin cambios revolucionarios: Ensayos sobre la crisis en Centroamérica*, de Edelberto Torres-Rivas

José Luis Rocha*



“Revoluciones sin cambios revolucionarios” es un libro que condensa muchos años de reflexión sobre las formaciones sociales centroamericanas, los procesos de modernización, los movimientos insurreccionales con aspiraciones revolucionarias y la cosecha de no menos de tres décadas de intentar cambios de las estructuras sociales a punta de metralla. Su recorrido abarca desde las raíces coloniales del poder oligárquico hasta las frágiles democracias de la posguerra, pero se concentra con mayor detalle en las décadas de los 50 a los 80. El curso del análisis es salpicado aquí y allá con extensos *excursus* que muestran las tomas de posición del autor y horadan en los grandes dilemas de las luchas revolucionarias y la reflexión que las acompaña, estimula o interpela: ¿era imprescindible una revolución democrático

burguesa como antesala de la revolución socialista?, ¿la insurrección fue una consecuencia o una causa agudizante de la represión militar?, ¿se traslaparon o se

* Institut für Soziologie, Philipps Universität, Marburg, Alemania.

estorbaron la revolución social en busca de igualdad y la revolución política en busca de democracia?, ¿predominaron las contradicciones nacionalistas o las clasistas?, ¿el Estado es caracterizable como débil en términos absolutos o también en términos relativos?, ¿qué produjo más violencia y entorpeció más la revolución: el terror estatal o el terror rojo?, ¿era posible lograr el cambio sin recurrir a las armas?, ¿la guerra era la estrategia adecuada y fue emprendida en el momento idóneo?

La respuesta de Torres-Rivas a estas últimas preguntas no podría ser más desalentadora: “La voluntad frente a los hechos nos colocó, sin saberlo, a contrapelo de la historia. Fuimos revolucionarios a destiempo (...) Objetivos reformistas con actores armados y ánimo radical, nadando contra el flujo predecible de la corriente, de la dirección en que se movía el flujo universal de la historia” (p.251). La revolución cubana marcó el fin de la era de las revoluciones. Con su triunfo desaparecieron del contexto internacional las condiciones de posibilidad de futuras revoluciones. Pero persistían las condiciones que alentaron las luchas: oligarquías medianamente transmutadas en burguesías industriales y comerciales, parapetadas tras sistemas semif feudales que sólo podían ser mantenidos por un juego político antidemocrático, racista y crecientemente apoyado por el militarismo. La paradoja de los insurrectos centroamericanos es terrible: libraron una lucha imprescindible, pero en el tiempo de los imposibles: “En Centroamérica la revolución fue inevitable, en el resto del mundo, ya era imposible” (p.252). La revolución fue más necesaria cuando más imposible. Y aunque los objetivos reformistas hubieran podido ser alcanzados por una revolución democrática, el método armado y la retórica incendiaria arrastraron hacia una pretensión inalcanzable: cambiar el sistema. La historia pasó la factura, porque no se cambió el sistema ni se alcanzaron los objetivos demoburgueses de libertad, democratización institucional, modernización y ensayo de otros modelos de desarrollo. Los guerrilleros terminaron en la mesa negociadora dejando a un lado sus ambiciosos objetivos iniciales y aceptando el orden burgués: “Las izquierdas centroamericanas ‘hicieron la revolución’, pensando en el Che que la Harnecker popularizó, sin obtener cambios revolucionarios. Ni siquiera la democracia política, liberal, salió de allí” (p.252). ¿Hubieran podido sentarse a negociar antes del baño de sangre? ¿Era posible menor baño de sangre por obra y gracia de una mayor apertura a la negociación, sobre todo con gobiernos demo-cristianos como el de Duarte en El Salvador durante los 80?

Este tono de desaliento recorre el libro, y es apenas amortiguado por las eruditas disquisiciones –en diálogo con muchos de los más destacados científicos sociales– sobre el Estado –recuperado como eje central del análisis, en consonancia con el enfoque de Theda Skocpol–, la oligarquía, la diferencia entre ideología y mentalidad, los procesos de modernización y la idea de raza, entre otros conceptos imprescindibles para explicar la Centroamérica de ayer y hoy. El aparataje conceptual no logra impedir que asome un sujeto desencantado, el Edelberto Torres-Rivas que fundó la Alianza de la Juventud Democrática– uno de los bastiones sobre los que se apoyó el acosado gobierno de Jacobo Arbenz–, que hoy echa un vistazo desaprobatorio a una –¿innecesariamente?– convulsa historia centroamericana. Aun a riesgo de incurrir en la falacia *ad hominem*, sostengo que una de las claves de lectura de “Revoluciones sin cambios revolucionarios” es el papel que su autor jugó en el gobierno de Arbenz, cuya debacle lo convirtió en un exiliado, como lo

había sido su padre –el biógrafo de Augusto C. Sandino–, perseguido por el primer Anastasio Somoza, fundador en Nicaragua de una dinastía que duró más de 40 años. No es gratuito que la frase con la que Torres-Rivas coloca una lápida sobre los procesos revolucionarios centroamericanos aluda al Che Guevara, símbolo del voluntarismo revolucionario armado, pero también amigo entrañable de su familia y asiduo de las tertulias familiares que en los 50 convocaban a lo más granado de la intelectualidad de izquierda. Ese Torres-Rivas que entonces hacía la revolución, 60 años después piensa la revolución y la somete a su escalpelo de sociólogo para extraer una conclusión que, aunque teñida por el desencanto personal, no deja de ser cuestionadora y matriz de numerosas preguntas, la menor de las cuales no es: ¿los revolucionarios de ayer y siempre le perdonarán el terrible corolario de su conclusión: tanta sangre derramada en vano, por una ilusión a destiempo y por un método inadecuado?

Las conclusiones pesimistas son sostenidas por un rigor analítico y una comprehensiva visión longitudinal que no tiene paralelo en la literatura sociológica de la región centroamericana. Pero precisamente esta titánica fortaleza está vinculada a su nada despreciable debilidad. El análisis de Torres-Rivas, para conseguir ese vuelo de largo aliento, se basa fundamentalmente en las celebridades de las ciencias sociales que desde las atalayas de las academias de los países industrializados se han ocupado de Centroamérica. Es notoria la masiva ausencia en su bibliografía de obras y autores centroamericanos que han trabajado directamente los mismos temas o aspectos tangenciales que enriquecerían su argumentación con testimonios, datos estadísticos y enfoques con el polo a tierra que sólo emanan del trabajo minucioso y los métodos etnográficos. Sin hurgar demasiado, se me vienen a la memoria los trabajos del antropólogo guatemalteco Ricardo Falla, de quien sólo se cita “Quiché rebelde”, pero que ha producido textos señeros sobre las masacres genocidas de los 80 y la cosmovisión maya. Echo de menos los numerosos estudios del Centro de Investigaciones y Estudios de la Reforma Agraria (CIERA) de Nicaragua, tanto los publicados como las decenas que duermen el injusto sueño de la literatura gris, sobre la génesis y evolución de la contrarrevolución armada como una manifestación del descontento campesino con las políticas agrarias del sandinismo en los años 80. En El Salvador, Guatemala y Nicaragua, las biografías de varios protagonistas de la guerra y los análisis sobre la opresión femenina, las iniciativas feministas, la micropolítica de las comunidades indígenas, la narcoeconomía que ya era pujante patrocinadora en la geopolítica de los 80, la historia del movimiento obrero y el rol económico de los pequeños y medianos empresarios –entre muchos otros actores y temas– han despertado la atención sobre las luces y sombras que es preciso incorporar al análisis para penetrar en los alcances y limitaciones de las revoluciones centroamericanas y tener una visión más esclarecida sobre el rostro de la Centroamérica de hoy y sus desafíos.

Esta carencia no tiene importancia sólo por un prurito de tercermundismo epistemológico –importa la visión desde el Sur y la descolonización del conocimiento– o por evitar ser un *arm-chair sociologist*, sino también por sus efectos sobre los ejes analíticos. La visión macroestructural de Torres-Rivas trabaja sobre grandes agregados. No consigue enfocar importantes actores de la Centroamérica de ayer –y mucho menos de la de hoy (los grupos pentecostales y neopentecostales,

las pandillas, los migrantes, los narcotraficantes)¹ – y sus múltiples estrategias, sembrando, cuando menos, la duda en torno a si no se le habrán escapado cambios dignos de ser consignados, cambios que quizás no sean revolucionarios –según su exigente definición–, pero que nos cuenten otras historias con diversas moralejas. El aparataje analítico y bibliográfico que eligió supone una conceptualización del cambio social que no toma en cuenta –por poner un solo ejemplo– las revoluciones rizomáticas de las que nos habla el sociólogo Manuel Castells y otras modalidades de cambio donde el protagonismo no corresponde a líderes ni a grandes organismos, sino a los hombres y las mujeres concretas, comunes y corrientes, desprovistas de ideología y huérfanas de padrinos institucionales. Con otro ánimo Torres-Rivas quizás debió prestarse oído a sí mismo que, en tanto hacedor y no sólo pensador de la revolución, tiene mucho que decir. Acaso lo hizo. ¿Por qué no lo revela? ¿Por qué no se devela? Quizás porque desde el inicio del libro Torres-Rivas da una definición de los cambios revolucionarios que pauta su análisis e impone excesivas exigencias sobre los hombres concretos que los intentaron llevar a cabo: “entendemos por revolución el movimiento social que triunfa e introduce en el Estado y la sociedad transformaciones básicas y lo hace en un medio internacional que le es relativamente favorable” (p.17).

El famoso científico social –aunque muy poco influyente entre los sociólogos centroamericanos de hoy– nos ha dado el que probablemente sea su libro más importante junto a su –hace tiempo– clásica *Interpretación del desarrollo social centroamericano*. Preocupa que Torres-Rivas, a juzgar por las últimas publicaciones de su gremio –incluyendo las patrocinadas por su mecenas el PNUD–, esté siendo más homenajeado que citado, más celebrado que discutido y más “conocido” que leído. Ni siquiera los expertos en gobernabilidad y el papel del Estado acuden con alacridad o renuencia a sus textos para beneficiarse de su sólida conceptualización y su verbo lejano a lo manido. Aunque en esta reseña aludí a algunos de los grandes ausentes en su análisis, tengo que precisar que tan lamentable como esas ausencias son las carencias de visión regional, solidez conceptual y penetración analítica de los grandes agregados que dominan la producción de las ciencias sociales en Centroamérica, carencias contra las cuales *Revoluciones sin cambios revolucionarios* es un antídoto, un reto y una ruta.

1 De hecho, durante en el XII Congreso de sociología de la Asociación Centroamericana de Sociología (ACAS), en San José, Costa Rica, el 3 de agosto de 2010, Torres-Rivas mencionó a los tres últimos actores como los temas de estudio más recomendables para los sociólogos centroamericanos que quisieran dar cuenta de los actores y cambios más importantes en la región.